

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

El mito de Edipo, una respuesta al problema del goce.

Marino, Juan Pablo.

Cita:

Marino, Juan Pablo (2016). *El mito de Edipo, una respuesta al problema del goce. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/778>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/1US>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL MITO DE EDIPO, UNA RESPUESTA AL PROBLEMA DEL GOCE

Marino, Juan Pablo

UBACyT, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En este escrito se plantean algunas ideas trabajadas en el Proyecto de investigación, titulado “La satisfacción en la estructura del sujeto”. Uno de los problemas fundamentales acerca de la noción de goce es que se presenta como imposible en la estructura del sujeto. El goce está perdido. Lacan construye el concepto de plus de gozar para indicar el intento de recuperación de goce, pero nunca se lo alcanza. El presente trabajo articula el problema del goce en relación al mito de Edipo, la tragedia de Sófocles, y el mito de la Horda primitiva, creado por Freud en *Tótem y tabú*. Se centra en la comparación de ambos mitos, marcando diferencias, pero dejando fijado el nudo que los articula como similares en relación a un asunto fundamental: la noción de padre muerto como articulador de la relación del sujeto con el goce. La importancia para nuestra práctica clínica reside en mantener la vigencia del complejo de Edipo como uno de los temas propios del psicoanálisis.

Palabras clave

Goce, Edipo, Horda primitiva, Padre muerto

ABSTRACT

THE MYTH OF OEDIPUS, AN ANSWER TO PROBLEM OF ENJOYMENT
The aim of this paper is to present some ideas worked in the research project called “Satisfaction of the subject structure”. One of the fundamental questions about the notion of enjoyment is presented as impossible in the structure of the subject. The enjoyment is lost. Lacan builds the concept of joy plus to indicate the recovery attempt of enjoyment, but never reach it. This paper articulates the problem of enjoyment in relation to the myth of Oedipus, Sophocles, and the myth of the primitive horde, created by Freud in *Totem and Taboo*. It focuses on the comparison of both myths, marking differences, but leaving fixed the knot that articulates as similar in relation to a fundamental issue: the notion dead father as articulator of the subject's relationship with enjoyment. The importance for our clinical practice is to maintain the validity of the Oedipus complex as one of the own themes of psychoanalysis.

Key words

Enjoyment, Oedipus, Primitive horde, Dead father

No hay modo de concebir el origen si no es desde un retorno, un acercamiento, tal vez infranqueable, a través de la palabra. Origen es lectura de un origen, ahora construido, ahora metamorfoseado, siempre distinto. Aun así, algo se conserva para seguir llamándolo origen. Aquí encontramos una función para el *mythos*, dado que intenta dar respuesta a cuestiones fundamentales, sean en relación a la vida, a algún acto heroico que evidencie alguna virtud o dilema ético, sea en relación a la muerte.

“*Mythos*, en griego, significaba básicamente ‘expresión’, algo que se dice” (Kirk, 1992:18). Los *mythos* eran historias tradicionales,

en las que se narraban aventuras de dioses y héroes, que reflejaban algún dilema ético. Eran utilizados en situaciones específicas –sean rituales, enfermedades, acontecimientos sociales– por ancianos, chamanes, sacerdotes y guerreros, en las que el mito puede proporcionar algún tipo de explicación (Bermejo Barrera, 1997:23). El mito, entonces, adquiere una función explicativa cuyo dispositivo es primariamente genealógico, en las que se apelan a dioses, a héroes, y a sus linajes, para dar lugar a relatos etiológicos. La causalidad en la dimensión mítica encuentra a los dioses tradicionales como explicación del orden de las cosas. En una cultura predominantemente oral, los mitos fueron utilizados como instrumentos de conservación de la memoria y de recreación de relatos tradicionales.

El mito como discurso funda un orden de la sociedad, comunicando de generación en generación lo que una colectividad conserva en la memoria, y constituye, además, una cosmovisión del mundo determinada.

El *mythos*, a medio decir –sin poder significarlo todo–, intenta decir lo imposible. ¿Cómo capturar la vida, una gesta heroica o la muerte a través de la palabra? En el relato mítico se presenta aquello imposible de ser capturado en el registro de la palabra, y es esto mismo lo que mueve al *mythos* a cambiar constantemente. El *mythos* se constituye como un saber, y mantiene su vigencia por la capacidad de ser modificado para postularse como respuesta posible acerca de estas cuestiones que se escapan al discurso.

Freud adopta el mito de Edipo y, luego, inventa un nuevo mito, La horda primordial, para hablar del inconciente, la ley, el deseo, la verdad, la muerte. Lacan en el Seminario 17, recurre nuevamente a estos mitos para tratar el asunto del goce articulado con el padre muerto.

El lugar que ocupa la muerte del padre en cada uno de estos mitos es diferente.

En la tragedia edípica, la muerte del padre se postula como condición necesaria para el acceso al goce incestuoso de la madre. Si no se elimina de algún modo la presencia de Layo, no habrá tal goce de Yocasta. Por lo tanto, no se trata solo de la muerte del padre, sino de su asesinato.

En cambio, la muerte del padre en el mito de *Tótem y tabú* tiene una motivación y consecuencias diferentes. Parte de una conspiración, de un acto premeditado: aquellos que están sometidos al padre de la horda se conjuran para matarlo, porque goza de todas las mujeres y, por su fortaleza, ninguno puede enfrentarlo individualmente. Tras acto logrado, ninguno podrá ocupar ese lugar, pero tampoco podrá gozar de las mujeres del clan. “*Todo conduce a la idea del asesinato, a saber, que el padre original es aquel a quien los hijos han matado, tras lo cual cierto orden resulta del amor por este padre muerto*” (Lacan, 1969-1970:106).

En la tragedia edípica, el asesinato del padre conlleva al goce incestuoso, lo hace posible; en el mito freudiano, el asesinato del padre conlleva a la prohibición del goce, lo hace imposible. Si bien esta contraposición esquemática parece tranquilizar al ánimo del entendimiento porque nos brinda un orden, una clara distinción en-

tre la tragedia y el mito freudiano, nos lleva ahora a la necesidad de revisarla desde un lugar más cercano.

El primer asunto es que la muerte del padre en Edipo no es condición suficiente para acceder al objeto de goce, sino que se debe apelar a un nuevo acto que otorgará la dimensión trágica. Este acto trágico, que media entre el asesinato del padre y el goce de la madre, encuentra a la esfinge como personaje amenazante. Tebas estaba siendo diezmada de sus mejores jóvenes, quienes enfrentados al enigma de la esfinge eran estrangulados si no lo podían resolver. Según un acuerdo entre ella y Creonte, rey tirano de Tebas, si alguien resolviera el enigma, ella se iría para no volver. El rey y su pueblo acuerdan un premio honorífico para aquel que lo resolviera: el trono y su reina. Edipo, su arrogancia, su ascendencia real, lo llevan a dar su respuesta razonante: *anthropos*.

La esfinge presenta su enigma a Edipo como si lo hubiera estado esperando, y aun siendo ella misma derrotada, no deja de llevarse consigo al mejor de los tebanos, a su príncipe: Edipo, siendo Rey, es llevado a su propia ruina. Y no es este el último acto de la esfinge, sino que deja tras de sí una peste en Tebas, que hace de la ciudad una tierra yerma.

El acto edípico requiere, entonces, de tres acciones: matar al padre, hacer uso de la razón y gozar de la madre. En ninguno de estos momentos, el acto va acompañado del saber, y Edipo quedará sujetado a sus acciones. “*El hecho de que Edipo no sepa en absoluto que ha matado a su padre, ni tampoco que haga gozar a su madre, o que él goce de ella, no cambia nada, puesto que precisamente es un bello ejemplo del inconciente*” (Lacan, 1969-1970: 120).

Este encadenamiento de acciones en un acto, no establece una relación necesaria entre cada una de ellas, ninguna es dependiente de la otra, ni como antecedente ni como consecuente, ninguna es causa, ninguna es efecto. En cada momento, Edipo apuesta en un acto singular.

La dimensión trágica está dada por la desmesura, ese algo fuera de medida, a la que los griegos llamaban *hybris*, y a la que tanto le temían. La tragedia de los labdácidas se realiza en la ascensión al trono de Edipo, no por la vía de la sucesión generacional, sino por la vía de una elección que hace de nuestro héroe un *thyranós*, en términos de Lacan, un Amo, que nos muestra que desde el inicio está castrado.

Lo que se presenta tras la muerte del padre y una elección razonante, es el incurrimento a un desorden, a una dislocación, a una irregularidad. Podríamos aventurar una nueva diferencia del mito freudiano con la tragedia, y es que tras la muerte del padre primordial, se instaura una legalidad, un nuevo orden, en el que el lugar del padre queda vacío: nadie lo puede ocupar.

Nuevamente, podríamos preguntarnos si esta distinción es lícita. Cuando Edipo mata a Layo en el cruce de los tres caminos, ¿acaso se trata de la muerte del padre? Al momento de encontrar la muerte, ¿es Layo el padre muerto? Insistamos un poco más; en el mito de la Horda primordial, ¿es suficiente el acto de la muerte del padre? ¿Acaso no habrá muerto mil veces ese orangután en mil enfrentamientos?

En el cruce de los tres caminos, simplemente murió un orangután. Ahora podemos postular una clave que puede dejar emparentados a estos dos mitos, el de Sófocles y el de Freud, haciendo de ellos un nudo en relación al padre. De lo que se trata en la muerte del padre es de la lectura de la muerte del padre. No es tanto el acto, sino el retorno a través de la lectura como asesinato del padre. En este sentido, no hay diferencia entre la tragedia y el mito freudiano, porque cuando se lee que el padre ha muerto, se instaura una doble prohibición: la de no ocupar su lugar y la del goce incestuoso.

Cuando Edipo lee asesinato del padre, Yocasta ya se ha quitado la vida —objeto imposible—, y él se arranca los ojos —Lacan da la imagen de que no se le cae la venda de los ojos, sino que los ojos se le caen como vendas—, y deambula en el destierro. El goce queda prohibido: pierde su patria y el objeto de goce.

La lectura de la muerte del padre como acto criminal hace de sus restos el padre muerto. Lacan establece una equivalencia entre el padre muerto y el goce, afirmando que es él quien mantiene el goce en reserva, “*eso es lo real, que el padre muerto tiene la salvaguarda del goce y que de ahí partió la prohibición del goce, de ahí procede*” (Lacan, 1969-1970:131).

El padre muerto es un operador estructural en la economía del goce, porque hace de eso el signo de lo imposible mismo. La muerte del padre arrastra consigo el goce, tiene la salvaguarda, pero no para gozar en el más allá, lo que significaría un desliz fantasmático, sino que es ese operador estructural que imposibilita el goce en la estructura del sujeto.

Este es el sentido del padre como agente de la castración. No se trata del padre castrador, que es una versión fantasmática, sino del padre real como construcción de lenguaje que se resta al lenguaje mismo y lleva en ese resto, que es él, todo goce posible. La relación que le quedará al sujeto respecto al goce será ese intento de recuperación que Lacan llama plus de goce, que lo único que indica ese plus es una y otra vez la pérdida de goce o la imposibilidad de gozar. La genealogía de los labdácidas aún deja su herencia en nuestro discurso psicoanalítico, porque cada uno de sus traspiés, sea por renquera, un pie equivocado o la hinchazón de pie, nos permite seguir cuestionando nuestros asuntos fundamentales, y figurarnos una respuesta, tal vez, inacabada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bermejo Barrera, J. C. (2000), “Mito y filosofía”, en Historia de la Filosofía Antigua (Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, vol. 14), Madrid, Trotta.
- Brisson, J. L., (2000) “Mito y saber”, en J. Bruschwig y G. Lloyd, El saber griego, Ed. Akal.
- Freud, S., (2001 [1900]), La interpretación de los sueños, en Obras completas, libro IV, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S., (1997 [1912-1913]), Tótem y tabú, en Obras completas, libro XIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- Kirk, G. S., (1992), La naturaleza de los mitos griegos, Barcelona, Labor.
- Lacan, J., (2002 [1969-1970]), Seminario 17, El reverso del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós.
- Rubinsztein, D., et. al., (2012), Paradojas de la satisfacción. Un plus que resta, Buenos Aires, Eudeba.
- Sófocles, (1982), Tragedias completas, Madrid, Gredos.
- Vernant, J. P., Los orígenes del pensamiento griego, Buenos Aires, Paidós, 2008.